

ARGENTINA

EN EL SIGLO XX

ALDO FERRER

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
EXMINISTRO DE ECONOMÍA DEL
GOBIERNO ARGENTINO

En 1910, año de la celebración del primer centenario de la Revolución de Mayo, la Argentina estaba orgullosa de sí misma y del lugar expectante que ocupaba entonces en el escenario internacional. Faltaba apenas un paso para la reforma electoral de 1912 que legitimó el proceso político y estableció las bases de un sistema fundado en la voluntad popular. *El Canto a la Argentina* de Rubén Darío fue la expresión romántica de aquella rica y prometedora realidad de este país, entonces emergente.

El siglo XX se inauguró así con la euforia provocada por un proceso extraordinario de poblamiento y desarrollo y expectativas de un futuro de grandeza. Termina, en cambio, con una realidad compleja y un devenir incierto. Prevalece en la Argentina de hoy un malestar profundo, fracturas inéditas en el tejido social y productivo, y una dependencia externa sin precedentes.

Argentina, cuyo ingreso percapita figuraba, a principios de siglo, entre los más altos del mundo, revista hoy entre las sociedades de ingresos medios cada vez más lejanos de los que prevalecen en las economías avanzadas. A su vez, la deuda externa y el desequilibrio de los pagos internacionales provoca una dependencia extrema de los criterios prevalecientes en los mercados financieros y los centros de poder internacional. Lo aún peor y verdaderamente grave es la visión prevaleciente de falta de alternativas y de

subordinación inescapable frente a los acontecimientos del orden global.

Solo en el plano cultural Argentina logró confirmar en los hechos las expectativas existentes a principios del siglo. La literatura, las artes plásticas, la música y otras expresiones de la cultura iberoamericana contaron, a pesar de todas las contingencias, con el aporte de notables creadores argentinos. Incluso en el terreno científico, investigadores de este país realizaron contribuciones notables que merecieron reconocimiento internacional.

Varios factores explican la frustración de las expectativas con las cuales se inauguró el siglo XX.

UNIVERSIDAD DE BUENOS
AIRES

Respecto del punto de partida conviene observar que, tanto en el terreno económico como en el político, la situación no era tan rosada como parecía a principios del siglo.

Argentina había alcanzado aquel grado de prosperidad por la demanda mundial de los productos agropecuarios exportados por el país. En vísperas de la crisis de los años treinta, constituía un caso excepcional de un país subindustrializado de alto ingreso. Se trataba, pues, de una prosperidad vulnerable, fuertemente dependiente del comportamiento del mercado mundial y con una exagerada concentración de la riqueza, particularmente en la propiedad del principal recurso: la tierra de la región pampeana.

El cambio de las circunstancias internacionales debía revelar la vulnerabilidad del sistema especializado en la producción de productos primarios. Los hechos se encargarían de probarlo con el colapso del orden económico mundial, durante la crisis de la década de 1930.

En el terreno político la experiencia demostró, además, que la modernización del sistema institucional no fue acompañada por el convencimiento de los principales actores sociales, que la democracia es el ámbito insustituible para resolver las tensiones de una sociedad pluralista y abierta. La derecha pateó el tablero en 1930. Más tarde, el gobierno popular bajo el peronismo (1946-55) agravó normas elementales de la convivencia democrática. Finalmente, se instaló la violencia terrorista y el terrorismo de estado y el país vivió la etapa más trágica de su historia.

En resumen, el largo proceso de construcción política inaugurado con la Presidencia de Mitre (1862-68) y consumado con la reforma electoral de la Ley Sáenz Peña (1912) de voto secreto y obligatorio, fue interrumpido por el golpe de estado de 1930. Desde entonces, transcurrieron más de cincuenta años de regíme-



Hipólito Yrigoyen

nes de *facto* y gobiernos inestables hasta el reinicio de la reconstrucción institucional en 1983.

Este comportamiento del orden político alcanza para comprender las frustraciones argentinas del siglo XX. Pero existe una explicación más abarcativa: la persistencia de las malas respuestas de la Argentina a los desafíos y oportunidades de la globalización del orden mundial. En la fase del crecimiento hacia afuera, el país se insertó en el orden mundial como periferia de los países centrales, en primer lugar, de Gran Bretaña. Eso impidió formar un sistema industrializado y complejo capaz de participar plenamente en los cambios tecnológicos de la época. La consecuencia de la dependencia quedó transitoriamente enmascarada por las condiciones excepcionales del orden mundial y la riqueza de los recursos naturales del país. Como previeron, en las últimas décadas del siglo XIX, Vicente Fidel López, Carlos Pellegrini y otros lúcidos estadistas, Argentina necesitaba industrializarse e integrar su estructura productiva. Era preciso formar un sistema capaz de un desarrollo autosustentado y abierto al orden mundial. Esto no se logró y, de este modo, avances extraordinarios como los logrados con la política educativa, fueron insuficientes para establecer un sistema viable de largo plazo.

Durante la fase de la llamada industrialización sustitutiva de importaciones (1930-75), se transformó la estructura de la producción y del empleo. Pero los desequilibrios macroeconómicos (en gran parte reflejo de la inestabilidad política) fomentaron la inflación y el desorden e impidieron responder con eficacia a las fuerzas expansivas de la globalización del período dorado de la posguerra.

Las mismas causas generaron un desequilibrio creciente de los pagos internacionales y, desde mediados de la década de 1970, la subordinación a la especulación financiera internacional. Al mismo tiempo, la aplicación de los criterios del Consenso de Washington bajo la Presidencia Menem provocó la extranjerización de las áreas clave de la economía argentina

(infraestructura, redes comerciales, bancos, industria). En la Argentina, el mercado interno es el destino de más del 90% de la producción de bienes y servicios, y el ahorro nacional la fuente de financiamiento de otro tanto de la acumulación de capital. Sin embargo, su economía está organizada en torno de ejes transnacionales: el ajuste y las reformas estructurales promovidas por los centros de poder internacional, respaldados por influyentes sectores locales. Esto genera la irracionalidad en la movilización y asignación de recursos y el deterioro de las condiciones económicas y sociales actualmente observable.

A principios de siglo, en la euforia de la prosperidad de la época, no se percibía cuán vulnerable era el país a los acontecimientos de la globalización y qué malas respuestas estaban dando a los desafíos del orden mundial. A fines de siglo, la evidencia es concluyente: un sistema vulnerable y dependiente es incapaz de generar el desarrollo sustentable de largo plazo para arraigar la democracia en el bienestar social.

Existe pues en Argentina y, por cierto, en otros países de América Latina, una crisis de identidad en el contexto de la globalización. El pensamiento único y la visión fundamentalista de la globalización están haciendo estragos en nuestros países.

No es cierto que la globalización borre las fronteras y disuelva la responsabilidad de cada país de trazar su propio destino y afirmar su identidad. Por el contrario, hoy son más importantes que nunca las decisiones arraigadas en cada realidad para promover el desarrollo sustentable, la integración social, la defensa del medio ambiente y la democracia. Nada de esto puede importarse. El desarrollo sigue siendo, como siempre lo fue, un proceso de construcción social y político gestado, en primer lugar, en el seno de cada sociedad.

Éste es, pues, el desafío argentino a fin de siglo. Mejorar la calidad de las respuestas a los desafíos del orden mundial para afirmar la capacidad de decidir el propio destino en la globalización. Solo que ahora el MERCOSUR y la dimensión regional forman parte del escenario dentro del cual comienza a correr el siglo XXI.



H. Sabat; **Menem, después del triunfo electoral de 1993, se sentía dueño del país y seguro de ser reelegido.**